

adolescente, su vanidad y sus ambiciones secretas.

Sin embargo, un día en medio del vértigo de un amor naciente, ciertas palabras estrañas salen de los labios sonrosados de la gran señora, lo cual admira é inquieta al bachiller; la palabra veneno le subleva en boca de la persona que ha ganado su corazón. Pero todavía no la comprende bien, y celoso de lo pasado, adivina en Sainte-Croix al aventurero sospechoso, al

artesano de aquella corrupcion que deja entrever la señora de quien él es galante servidor.

Mientras cae la venda que cubre los ojos de Briancourt, se forma una intriga vergonzosa para apoderarse de la herencia del consejero Aubray. Sainte-Croix, á quien se ve comparecer siempre que se trata de dinero, como á un buitres atraído por el olor de la carne muerta, ha enviado á Sains á un



La apertura de la arquilla.

tal de Laune', magistrado, 'poco 'escrupuloso y muy amigo suyo. Este ha discutido con la marquesa los medios de echar el guante á la herencia que disputa Mad. de Aubray de Villarceau. De Laune, hombre curtido en esta especie de negocios, ha inventado un bonito plan que debe hacer perder la pista á los acreedores de la marquesa y asegurar á los hijos de esta los bienes del difunto consejero. La marquesa refiere al cándido Briancourt todas estas bribonadas.

—Para mí, señora, la contesta el adolescente, ese Sainte-Croix y ese de Laune, son dos grandes rateros que os dan muy malos consejos.—Es preciso servirse de estas gentes, le contesta la marquesa y sacar de ellas todo el partido que uno pueda para sus intereses. Luego se las da pasaporte cuando se presente la ocasion.

TOMO V.

Esta moral no deja de escandalizar un poco al bachiller, pero la Brinvilliers es una sirena encantadora, que le adormece con palabras tiernas.

Ademas le cuenta todos los crímenes que ha cometido y los que está aun dispuesta á cometer para adquirir un estado holgado y dejar á sus hijos una fortuna decente. Esto le hace daño á Briancourt, y lo que mas le asusta es la sangre fria con que aquella amable mujercita cuenta aquellos horrores con la sencillez de un estudiante travieso que refiere sus picardigüelas. Una sola vez ha llorado aquella especie de hiena, cuando ha hablado de su padre.

—¡Dios mio! señora, exclamó el bachiller, ¡hablais de veras! ¿Es Sainte-Croix quien os ha enseñado ese honroso oficio? ¿Quién se lo ha enseñado á él?